

EL FACTOR DEMOGRAFICO EN LA CONQUISTA DE AMERICA

Escribe: JUAN FRIEDE

Existe la suposición muy generalizada, incluso entre los estudiosos, de que a tiempo de concluir su secular contienda contra los moros, Castilla había quedado convertida en un país arrasado, más o menos despoblado y agobiado de problemas económicos y políticos. De ahí que emprender en estas condiciones la conquista de América se quiera explicar por una postura abnegada, casi altruista, la cual induce a una nación a olvidar sus propios intereses y volcarse en una empresa casi heroica, si no quijotesca, respondiendo a una llamada histórica, a la misión que le deparaba la providencia. Los que insisten en el fundamento misional de la empresa indiana, cuyo objetivo principal fue ensanchar el reino de Cristo, se basan precisamente en estos supuestos.

Sin embargo, la realidad histórica fue bien distinta. No sería posible en el marco del presente artículo exponer todas las condiciones del orden económico, político y social, que impulsaron a España a buscar nuevos derroteros hacia el Asia y luego, al descubrirse extensas islas y vastos trechos del litoral de "Tierra Firme", desprenderse de una buena parte de su población para colonizar las nuevas tierras. Limitémonos al factor demográfico y a su influencia en la trascendental decisión que tomaron los Reyes Católicos para incorporar este Nuevo Mundo a sus posesiones.

Carecemos de censos precisos de la población española de fines del siglo XV. Solo contamos con un dato procedente de 1482, el del contador mayor del Reino de Castilla, Alonso de Quintanilla, quien anuncia la existencia en Castilla, —excluidos los Reinos de Aragón y Navarra— de 1.500.000 hogares, cifra que correspondería a una población aproximada de 7 a 8 millones de almas (Aragón, unido a Castilla en 1474, tenía 1.000.000 de habitantes; el Rosellón y la Cerdeña, incorporados en 1495 50.000; y Navarra, anexada en 1514, 100.000). La densidad de la población castellana se elevaba, pues, a 20 habitantes por kilómetro cuadrado, lo cual coloca a la Península entre los territorios más densamente poblados con respecto a otras naciones europeas por la misma época. La ciudad de Sevilla, por ejemplo, tenía en 1483 mil quinientos hogares, es decir, entre 75.000 y 80.000 habitantes. Otras ciudades tales como Córdoba, Granada, Murcia o Málaga abrigaban de 15.000 a 25.000 habitantes, etc. Pues el grueso de la población lo constituía el campesinado, que según cálculos se elevaba a un 96% de la población total.

Tomando en consideración que Castilla posee extensas regiones ocupadas por montañas y tierras áridas y desérticas, capaces tan solo de alimentar a una escasa población, no sería aventurado afirmar que la baja Andalucía y el Levante, dotados de fértiles tierras, poseyeran una densidad de población varias veces mayor que la de las demás regiones castellanas.

Las cifras aducidas parecen exageradas si pensamos que se trata de un país que había surgido de una guerra que se prolongó por más de siete siglos. Sin embargo, no hay que olvidar que el decisivo avance de los cristianos hacia el sur, acontecido en la primera mitad del siglo XIII, no exigió ingentes sacrificios humanos, por cuanto generalmente la rendición de los ejércitos enemigos no se producía tras sangrientas batallas campales sino mediante capitulaciones que permitían la permanencia de la población musulmana, a la cual bajo ciertas condiciones y mediante pago de un impuesto, se permitía quedar en la Península y seguir gozando de sus tierras. De este modo los 3.000.000 de habitantes con que contaba Castilla a principios del siglo XII, alcanzaron a unos 5 o 6 millones a fines del XIV. Gran parte de la población musulmana se convirtió luego al cristianismo, quedando incorporada definitivamente a la nación. La parcial expulsión del resto, a raíz de las sublevaciones ocurridas durante los siglos XIII y XIV, no se llevó a cabo de modo total ni tuvo la eficacia pretendida. Además, el crecimiento natural de la población compensaba con creces las eventuales mermas. Algo similar ocurrió con los judíos. Las persecuciones de que fueron objeto en múltiples ocasiones, originaron muchas conversiones a la fe católica, lo cual les permitía asimismo la permanencia en el solar hispano, y su definitiva expulsión en 1492 apenas afectó a unos 120 a 160 mil individuos. Estas expulsiones de moros y judíos tuvieron mayores consecuencias económicas que demográficas, por cuanto ocasionaron la fuga de los capitales y afectaron el potencial económico e industrial de España, menguando simultáneamente las posibilidades de subsistencia de la población peninsular. A fines del siglo XV la conquista de Granada, que tampoco se hizo con grandes combates ni significó un alto costo en vidas, dejó intacta, mediante la respectiva capitulación, la población mora, añadiendo en cambio al potencial demográfico de Castilla otros 500.000 a 700.000 individuos.

Es pues inexacto considerar a la Castilla de fines del siglo XV como un territorio despoblado. La Andalucía y el Levante, regiones que en mayor grado aportaron un contingente a la emigración a América, eran territorios incluso *superpoblados*, tanto por el número de sus habitantes como también por causa de la dificultad de ofrecerles los medios de subsistencia, ya que el suelo, aunque de gran fertilidad, estaba explotado mediante el régimen latifundista, dedicado ya por entonces en buena parte —al igual que hoy en día— al cultivo del olivo, que no ofrece a la población rural los medios permanentes de subsistencia, ya que emplea abundante mano de obra solo durante los períodos de cosechas.

Una situación parecida encontramos en Extremadura y en las mesetas castellanas, desde donde también salió hacia América un buen contingente. También aquellas comarcas estaban *superpobladas*, lo que parece ser un contrasentido, por cuanto abrigan una escasa población.

Pero el régimen pastoril nobiliario (la *Meseta*), imperante en esas tierras y favorecido por los reyes en desmedro de la agricultura, no tenía capacidad, por utilizar escasa mano de obra, para absorber ni siquiera el normal crecimiento demográfico local.

Por otra parte, la industria languidecía. Considerada como oficio mecánico, oficio "vil", no encontraba ni el interés ni el apoyo del estado; por lo cual no podía tampoco absorber el excedente de la población desocupada. Malas cosechas y sequías (como las de 1502-1503, 1506-1507) originaban para este "excedente" condiciones inhumanas de vida y el cronista de los Reyes Católicos decía al respecto: "Despobláronse muchos lugares y andaban padres y madres con sus hijos a cuestas, muertos de hambre por los caminos...".

Estas anomalías demográficas a las cuales venían a sumarse factores tales como la concentración de la propiedad rural en unas pocas manos y una "sed de tierras", que es la característica esencial del período que nos preocupa; la enorme desigualdad en el reparto del ingreso nacional, cuya parte leonina, calculada según las escasas noticias que poseemos en un 98.5%, correspondía al pequeño número de los miembros de la alta nobleza laica y eclesiástica y a las iglesias y monasterios; y otros factores que sería imposible enumerar en el marco del presente ensayo, originaron una peligrosa inestabilidad social. Una situación similar había hecho presa también de los países allende los Pirineos. Allí ocasionó grandes revueltas sociales, guerras campesinas en Alemania y Países Bajos, "jacqueries" en Francia y movimientos "tyleristas" en Inglaterra y fue la base popular de los movimientos inconformistas también de orden ideológico. No sucedió lo mismo en España. "La masa —dice un historiador español— siguió inmersa en la inopia, para la que parece estuvo dotada de una admirable capacidad de adaptación y sufrimiento". España produjo a fines de aquel siglo un gran contingente de "desesperados", esta España "picaresca", que si bien regocija como tema literario, sobrecoge como cuadro humano, porque en su fondo yace espantosa hambre y pobreza.

Ante tal situación y la tensión en las relaciones sociales en España, no podemos desechar la idea de que el poblamiento del Nuevo Mundo fue un ventíl que descargó la atmósfera y esto fue lo que tal vez salvó a España de una grave revuelta social. De todos modos, el estado español tenía poderosos motivos para *poblar* a América con los peninsulares y no solo explotarla económicamente; motivos que son de otra índole los que mueven la obra misionera, aunque no por esto hay que desechar esta como inexistente.

Bogotá, abril de 1963.